

SALA DE ESPERA

POR

ALONSO ZAMORA VICENTE

—¡Qué frío! ¡Pero qué frío! ¿No encuentra usted que hoy hace un frío tremendo? ¡Qué barbaridad, que frío! Hace aún más frío que ayer, ¿no, verdad? Sí, sí, mucho más que ayer. ¡Qué frío, Dios mío, pero qué frío!

Doña María, haciendo tiritar hasta a los muebles al oírla, se acerca a la chimenea de la sala de espera. Es muy de mañana y empiezan a acudir a la estación los viajeros de todos los días. Los que viajan siempre, por alguna obligación, a la ciudad. Hoy todos los que pueden quedarse en casa lo hacen. Hace un día de perros. Lluvia, viento, a ratos nieva. En la chimenea de la sala de espera arde un buen fuego de troncos de encina y pino, que el señor Floriano, el jefe de estación, ha logrado encender después de ahumar concienzudamente la estancia. Sala de espera, arreglada con cierto mimo, en la estación de un ferrocarril secundario, lugarcillo de desahogo y veraneo en las cercanías de la capital. Unos trenes lentos, minúsculos, van y vienen hasta el empalme. Hoy, con la nevada copiosa de la noche, todo anda mal. El señor Floriano, el jefe de estación, se desvive porque los viajeros no pasen frío en el inevitable retraso. Luego pasarán mucho en el vagón, sin calefacción, pero eso ya no es cosa suya, sino del jefe de tren. Ahora...

—Arrímese, doña María, arrímese. ¡Esto da un calorcito! Y quizá el tren venga hoy retrasado.

—¡Hombre! Es natural. ¡Con este frío! ¿Cómo van a andar los trenes con este frío? Una porque no tiene más remedio que ir a la obligación, que si no ¡pa chasco! ¡Menudo día! Pero ¿usted se da cuenta del frío que hace?

—Sí, sí, doña María, mucho frío. ¡Es el tiempo!

—Este pueblo solamente en el verano tiene algo de gracia. Y eso que en verano, ¡qué calor! Pero ¿usted se da cuenta del calor que hace aquí en verano? No me diga, ¡qué pueblo éste!

—Sí, sí, doña María. Es un pueblo como otro cualquiera.

—¡Quite usted allá, señor Floriano!

Doña María trabaja en la ciudad, en la Caja Central de Ahorros, Sección Intereses, ventanilla 6. Doña María es viuda y a veces suspira. Otras veces, como hoy, tiene frío.

Llegan Purita y Loli. Purita cursa Ciencias Políticas y Económicas, segundo curso. Lolita va a la Escuela Nacional de Danza. Coinciden muchísimas veces en el tren, y son viejas amigas desde el tiempo de las Esclavas. Se aproximan al fuego, acercando cautelosamente los pies a las llamas; llevan magníficas botas de nieve, y ríen ruidosamente mientras se calientan. Doña María las observa recelosa:

—¡Así ya podrán!

El humo de la hoguera se ha ido disipando. Brillan en las paredes los carteles del turismo, *Côte d'Azur, Espagne, Marocco*, y los de unas vistosas señoritas, ligeras de ropa, que anuncian Coca-Cola y dentífricos. Sobre la puerta de la calle, Brujas la muerta enseña un verde canal. Doña María, dando pataditas al suelo, se aplica a leer el horario de trenes, mientras observa de reojo a las estudiantes. Está nevando de nuevo. Largas ráfagas de viento silban entre los pinos, loma arriba, y el humo de las chimeneas se arrastra, largo balanceo desvaído, entre los andenes. Un silencio súbito. Entre ráfaga y ráfaga lo quiebra isócronamente el golpeteo de una gotera sobre el mármol de la entrada. Llega apresurada, sacudiendo su paraguas, Cuquita, la mecánografa de «El Poniente», Seguros de Enfermedad y Vida. Al entrar se deja la puerta abierta. Doña María acude presurosa, refunfuñando:

—¡Señorita, que le huele el aliento! ¡Qué barbaridad, con el frío que está haciendo!

—¡Usted perdone!

Cuquita empieza en seguida su conversación con Loli y Purita. Purita y Loli no le conceden gran importancia. Estas chicas que tienen que trabajar... Ya, ya, menudas lagartas. Como que no cuestan nada las botas, y el bolso espléndido, con cierre automático de seguridad, y el cuellecito de astrakán... Sí, sí, a ellas se la van a dar, que eso sale de un sueldo. Estas con carita de santas, ya se sabe.

—¡Hola, sol!

—¡Buenos días, ricura!

—¡Hola, chicas! ¡Qué día!

—¿Vas sola hoy? ¿Dónde has dejado a tu hermana?—pregunta Loli con cierto retintín.

Cuquita se resguarda como puede. Se nota ligeramente tolerada por las estudiantes y, a la defensiva, ha adquirido un tono intelectual de cierta suficiencia. La hermana es Paquí, pelirroja y empleada en una agencia de viajes, la «Trascontinental».

—Se ha quedado en cama.

—¿Algo de gripe?

—No. La tocará ponerse mala pasado mañana. Siempre hace igual: se acuesta dos días antes, a esperarlo... Es muy precavida.

—¡ Ya, ya!

—¡ Claro, ya se ve!

—¡ Paqui es muy ordenada!—añade Cuquita arreglándose el pelo.

—Pero oye—dice Purita—, ¿y no se equivoca?

—No, hija. Bueno, una vez, en la oficina, la tacharon otras fechas en su calendario y se pasó diez días en cama esperando. ¡ Y sin parar de quejarse! Hay una gente que ya, ya. ¡ Menuda broma, chicas!

—Sí, qué gentes—dice Loli con una mirada cómplice hacia Purita.

Doña María, que lo ha estado oyendo, refunfuña algo entre dientes. Está escandalizada.

—¡ Y encima se dejan la puerta abierta!

Se ha parado un coche bajo la marquesina exterior. Los cascabels del caballo han sonado un gran rato antes en el silencio de la nevada, al abrigo de los galpones de la estación. Por la ventana, doña María y las jóvenes curiosean: se adivina el ir y venir de los obreros cargando ritualmente las vagonetas de troncos de pino, mientras una maquinilla diminuta y fatigosa hace maniobras. Se oye el pregón de un vendedor de periódicos. El cochero baja tres maletas de cuero, ventruudas, lustrosas. Del coche descende un sacerdote, una orilla morada en el cuello y la botonadura de la sotana; la teja, brillante. Es don Rodoaldo, el provisor de la diócesis, que está haciendo investigaciones en el archivo del monasterio de San Francisco y va de vuelta a la ciudad.

—¡ Santos y buenos días!—dice al entrar, a la vez que se echa sobre los hombros el balandrán, acercándose al fuego. ¡ Deje ahí las maletas, mozo! ¡ Señor Floriano, factúreme ese equipaje!

Don Rodoaldo acerca sus manos al fuego, en vago gesto de éxtasis. Todo el mundo está callado. Las chicas se han ido a un banco alejado y cuchichean:

—¡ Pues que se alivie tu hermana, chica!

—¡ Y que esta vez no le hayan tachado otros días en su calendario! Cuquita, con cara de circunstancias:

—¡ Muchas gracias, preciosas!

Un silencio, calmado el viento. El altavoz de la estación, confusamente, grita. Nadie le entiende. El señor Floriano aclara, desde la puerta, que el 1036 descendente trae veinticinco minutos de retraso. Las chicas discuten:

—Oye, Loli, ¿es el nuestro?

—Ay, hija, será. ¡ A mí qué me preguntas!

—Pues anda, que no eres tú nadie esta mañana.

—Pues claro, ¿cómo voy a saber yo si es el nuestro el descendente? Oye, tú, Cuquita, ¿tú sabes si es el nuestro?

—No sé; eso lo sabe muy bien Paquita, que lo lleva todo apuntado.

—¿Y también le arreglan en la oficina los horarios de trenes, di?

—Bueno, no se os puede contar nada.

El señor Floriano entra con más leña, reverencioso:

—Don Rodoaldo, ¿ya de vuelta? ¿Cómo va ese trabajo? Debe de ser un libro importantísimo. Creo que Radio París ha hablado de sus investigaciones.

Don Rodoaldo no puede evitar una ligera zozobra.

—¿Cómo dice usted?

—Me lo ha contado Pedrito, el cocinero del hotel, que oye la radio todas las noches.

—¡Palabras, amigo mío, palabras! ¡Vanas palabras! Yo sé que mi libro será muy importante, pero... ¡ah, la funesta propaganda!

Don Rodoaldo ha dejado de sentir el frío.

Comienza a llegar más gente. Intimidación descendida, en forzoso hiato de una noche, esa reunión de gentes convecinas que se desplazan todos los días a la ciudad. El jefe de la Asociación Gremial de Resineros, don Filemón, con su condecoración en la solapa; don Roberto, profesor de Geografía en la escuela 15, distrito 6, barbita rubia y calvo; doña Eduvigis, la jefa del Ropero, que todos los lunes se ve obligada a ir a la capital a entregar la recaudación (de paso oye misa en los jesuitas de San Casiano, una iglesia calentita). También llega Juan Sánchez, el hijo del consumero, que estudia Derecho por libre.

—Ya está ahí ese marmolillo—sonríe Purita.

—¿No le contestas? Te ha saludado—avisa Loli.

—¿Yo? En la Universidad, porque no tengo más remedio, pero ¿aquí? Bueno, a ver si te vas a creer tú también eso de que puede estudiar todo el mundo... ¿No sabes qué hace? Pues fíjate: lava platos en un restorán. Anda, ¿qué os parece?

—Chica, ¡qué espanto!

—Ahora te explicarás...

—Nada, nada, ni una palabra más. ¡Estaría bonito!

—Y, además, seguro que tiene matrícula gratuita, no me cabe duda. Pero no se cansan nunca. Todo les parece poco...

—¡Ya, ya!

—¡Y es becario!

—¡Acaparador! ¡Y se atreve a trabajar!

El estudiante, encorvado, flacucho, se desabrocha la chubasquera, se calienta, remueve con un gancho las brasas y se pone a leer, después de haber saludado a todos los presentes. Loli añade:

—¡Fíjate qué pedante! Nadie lee más que él...

—Ya te decía yo—dice Purita.

Cuquita se pinta concienzudamente, espejo en alto. Humo de ciga-

rros. Don Rodoaldo se ha sentado en un extremo del sofá, a un lado del fuego. Al otro está Cuquita. Don Rodoaldo examina a Cuquita, mientras finge que lee un ejemplar de *Le Monde*. Cuquita pregunta:

—¿Vais a ir hoy a algún sitio?

—¿Nosotras? Quizás a la cafetería Royal.

—¡Ah! ¿Os sentáis ya de la nueva forma?

—¿Qué dices?

—¿Eh?

Una curiosidad en creciente sube desde el pecho a los ojos de Purita y Loli, abriéndolos hiperbólicamente. Don Rodoaldo agita el periódico. Una vuelta más de *Le Monde*.

—Pero ¿no lo sabéis? Si viene en todas las revistas...

—¿Qué?

—Es muy fácil. Ahora se lleva mucho sentarse un poco de lado, con una pierna así, muy vertical, que se la vea bien derecha, y la otra pierna debajo, algo más atrás, pero que se deje ver la liga.

Juan Suárez ha dejado de leer. A pesar del murmullo de las conversaciones, del lamentarse del frío de doña María, de la charla con esos arrastradas de doña Eduvigis, se ha oído bastante claramente el final de la última frase de Cuquita. Nace un silencio denso y a pie firme; inesperadamente se abre la puerta y entra don Luis; don Luis evita el sofoco que amenaza. Doña María estaba a punto de reventar.

—Pero ¿ha oído usted, doña Eduvigis?

—¡Qué me va a contar a mí, doña María; qué me va usted a contar! ¡Santo Dios!

Doña Eduvigis pone los ojos en blanco y levanta la cabeza al techo, donde unas telarañas ennegrecidas oscilan en el aire removido por el fuego. El estudiante pone los ojos muy en funciones, y finge mirar al suelo, cerca de donde están los pies de Cuquita. Después se encoge de hombros y vuelve a su libro (*Tratado superior de Derecho Administrativo, por el catedrático de la asignatura*):

—¡Valiente loro!

Don Luis es párroco de un pueblecito cercano. Lleva un balandrán zurcido en varios sitios y el alzacuello rozado. La sotana está parda, casi amarillenta, raída. Avanza arrastrando una pierna y lleva las manos, temblorosas, ocupadas: en una el bastón, una cayada amarilla, rústica; la contera de metal produce dentera al resbalar en las losas. Y en la otra mano un maletín desteñido y viejo. Saluda a don Rodoaldo quitándose, tímido, la boina. Las llamas brillan en los cristales de las gafas de metal blanco. Don Rodoaldo, al verle, no disimula un ligero malestar.

—¿Cómo está usted, señor Provisor?

—Don Luis, con Dios venga. ¿Dónde está usted? ¿Adónde bueno por aquí?

—Estoy aquí al lado, de párroco. ¿No recuerda el señor Provisor?

—No, no me acordaba.

A don Rodoaldo una imprecisa inquietud le remonta los brazos.

—Voy a ver si hablo con el señor obispo. Problemas de la iglesia, muchas goteras, señor provisor, y el pueblo no tiene dinero. Además me quieren levantar un supermercado en la quintana antigua de la parroquia. En fin, problemas de la feligresía, señor provisor. Quizá el señor obispo...

—Dudo que su ilustrísima, atareadísimo en estos momentos...

—No me desaliente ya, señor provisor. Y usted por aquí, ¿qué hace tan temprano?

—Ah, acabo de reunir los materiales para un libro que tengo en preparación. He venido a consultar los archivos de los Seráficos. Ya sabe usted, estos monasterios nuestros, tan ricos de documentación antigua...—don Rodoaldo saca el reloj y golpea el suelo con el pie, impaciente—. Textos verdaderamente preciosos en ediciones excepcionales. No se puede usted figurar qué riqueza en esa biblioteca: Belarmino, Santo Tomás, San Agustín, San Cirilo de Alejandría. Un verdadero portento. Mi libro ha salido de estos días muy adelantado.

—¿Y qué es, si se puede saber?

Don Rodoaldo se arrellana en el asiento, limpiando sus lentes de oro con una felpa especial, echando el aliento de cuando en cuando a los cristales. La maquinilla de las maniobras pita estrepitosamente. Don Rodoaldo espera a que vuelva el silencio. Hasta Purita y Loli están atentas, boquiabiertas, admirativas:

—¡Qué tío!

—Pues mi libro—añade don Rodoaldo, despacito, una orla cobarde en la voz—se titulará: *Relaciones entre las fundaciones benedictinas y la política de los Hohenstaufen en la Baja Sajonia y el Milanesado.*

—¡Ah!

—¿Qué le parece? A veces pienso alterar el orden de los elementos en el título y empezar por los Hohenstaufen. ¿Usted, don Luis, recuerda algo de esto?

Don Luis sufre un acceso de tos; al intentar buscar arrimo el maletín se le abre y se le vuelca por el suelo el contenido: un peñecillo algo mutilado, una pastilla de jabón que se sale de la jabonera al tropezar con el suelo, la toalla, unas zapatillas, un frasco de Sal de Fruta Heno. Don Luis se agacha dificultosamente, el estudiante le ayuda a recoger todo. Unos calzoncillos largos, cogidos por el extremo de una pernera, se zarandean, burlón espantajo, en el silencio inoportuno. Don

Luis tose, tose, tose, se sienta donde le lleva el estudiante, junto a don Rodoaldo, y se excusa, con una zapatilla en la mano:

—Mis juanetes, ¿sabe, señor Provisor? No puedo moverme sin ellas.

Purita le da un codazo a Loli, señalando un envoltorio con dinero en billetes pequeños que también iba en el maletín. Don Filemón, el jefe del Gremio de Resineros, hasta entonces callado y fumando, se lo acerca a don Luis.

—Muchas gracias. Es dinero de la gente del pueblo, para encarguitos. Gente de la fábrica de usted, ¿sabe? Siempre necesitan alguna cosilla: medicinas, regalitos. ¡Hasta alguna promesa!

Don Rodoaldo lee atentísimamente todos los anuncios de las paredes: *Villes d'Art, Alpes*. Los ojos se apartan, rápidos, de uno que dice escuetamente *Viareggio*, donde hay una joven rubia en traje de baño y con un enorme balón de colores apoyado en la cadera. Juan Sánchez ofrece una pastilla de menta a don Luis, que la rechaza:

—No, muchas gracias; no vale la pena.

Don Luis, con un pañuelo muy blanco que saca de su faltriquera, se limpia cuidadosamente una roseola que le ha nacido, va para un mes, en un pómulo, y que le hace llorar y le duele, y no se atreve a ir al médico, por si es como lo de don Federico, el comandante del puesto, que se murió en el hospital. Don Luis está cansado y delgado y, a ratos, sin aliento. Don Rodoaldo le observa con el rabillo del ojo, censurando sin voz las rozaduras de la ropa, los rotos de los zapatos, el agrio olor de la sotana pobre, remendada, desvalida. El altavoz anuncia algo. Nadie lo entiende entre el murmullo de las conversaciones. Por la puerta que da al andén asoma un hombre con aire de vagabundo, maltrecha su ropa, unos jirones de mantas apenas protegiéndolo. Ha estado mirando repetidas veces por el cristal, y por fin, decidido, entra y avanza hasta el fuego. Apenas se ha sentado en el suelo y extendido las piernas hacia las llamas cuando el señor Floriano entra contentísimo:

—¡Te agarré! Ya sabía yo lo que buscabas por aquí. ¡Largo, largo! ¡Aquí no se puede estar! ¿Usted tiene billete?

El hombre se levanta en medio de un rígido silencio. Solamente don Luis:

—¡Pobrecillo! Déjele que se caliente.

—Nada, nada—reitera el señor Floriano—. ¡No faltaría más!

Un portazo tras la salida del hombrecillo. Afuera algo se quiebra en el silencio de la nevada. Un perrillo se acerca al hombre y salta a su alrededor, se echa a sus pies cuando el vagabundo se sienta en un banco del andén, tapando con su espalda la mitad de los trenes des-

centes, inexpresivos, números en el cartel de pizarra. Resuenan los troncos que apilan los obreros en las vagonetas. Silbidos lejanos. Por el lado de la calle, la corneta del basurero taladra el hielo, y unas cuantas mujeres bajan los desperdicios. Diálogos a gritos entre las mujeres y el basurero, y el lechero, y la buñolera, que sale aún sin peinar. Alboroto creciente de la vida despertándose. La maquinilla de las maniobras pasa a lo largo del andén. El fogonero grita al vagabundo:

—Se está calentito ahí, ¿eh, maestro?

El señor Floriano vigila al vagabundo detrás de los cristales. Como un rencor reventando en granazón, todos los reunidos exclaman convergentes:

—¡Qué frescura!

—¡No hay respeto alguno!

—¡Aquí todo el mundo hace lo que le da la gana!

—¡Habrás visto!

—¡Como si los demás no tuviéramos frío!

Don Rodoaldo, sonriente y melifluo, se dirige a don Luis:

—Ya habrá visto usted la universal dureza de la sociedad para estos vividores. Solamente usted, con su corazón débil, muy excusable por otra parte... No olvide usted: *Summun jus, summa injuria*. Muchos de éstos—todos los días lo traen los periódicos—mueren con un saco bien repleto de miles. ¡Y escondido en el colchón!

Los viajeros se van reuniendo en grupos espontáneos. Don Rodoaldo se interesa cortésmente por los afanes y la salud de don Luis. Doña Eduvigis y doña María siguen ponderando el frío de la mañana en todos los tonos. Las jóvenes ensayan posturas de sus piernas, con o sin cigarro en la mano, ángulos de brazo en alto, miradas furtivas, suspiros oportunos. Don Filemón, el jefe del Gremio Resinero, discute con el profesor de Geografía, don Roberto:

—Le digo a usted que esto se va arreglando. ¡Somos los mejores del mundo en varias cosas! ¡Si lo sabré yo! Toda esta nieve antes se perdía. Bueno, qué le voy a contar. Yo, en la guerra, pues me tiré dos años de montañero, no le digo más. Figúrese usted si yo sabré lo que pasa con la nieve. ¡Y bien apuradillos que estuvimos más de dos veces!

—Se comprende—argüía don Roberto—. Pero no me discutirá usted que eso no pasa de ser un conocimiento empírico. Sin mapas no se puede tener un conocimiento real de las montañas ni, por lo tanto, de la distribución de las nevadas... Y el Estado no proporciona mapas suficientes.

—Bueno, mire. Déjese de cuentos. El Estado ya pone las montañas, ¿no cree? Lo que no está mal. Aquí lo que pasa es que a todos nos parece que el Estado da poco. Y ¿sabe lo que le digo? ¡Que da dema-

siado! Ya ve usted, en estas fábricas resineras, bueno, si no estaré yo al cabo de la calle, la mitad del asunto se va en jornales inútiles, en hablar de índice de producción y de repoblación forestal, y que si patatín, y que si patatán, y que si fué y que si vino. ¿Y sabe usted lo que hace falta? ¡Mano dura, eso es, sí señor! ¡Mano dura! Así ya vería usted cómo hasta en Francia se arreglaban las cosas y se terminaban las huelgas. Hágame caso a mí, mi querido amigo, que, créame, soy perro viejo.

—No se me ocurre dudarle ni un instante, pero, si usted me permite, le diré que yo no iba precisamente por ahí.

—¡Y qué más da!

El jefe de estación entra y sale, conversando con unos y con otros. Va, viene, arregla el fuego, comprueba que el vagabundo sigue en el banco del andén, debajo de la campana, medio envuelto en su manta agujereada. Doña María y doña Eduvigis prosiguen, pulcras, patéticas, sapientísimas:

—¡La verdad es que este pueblo, para verano, le digo que no hay otro, pero lo que es ahora...

—¡Hombre! Es que en verano, fíjese: tenemos nueve kilómetros de arbolado, de pinar, lo que es una maravilla. En París, con ser París, no lo tienen.

—¡Quite usted! ¡Qué va!

—¡Y qué iglesia! Lo que se ve desde allí. Una vez subí a la torre, engañando al sacristán, porque está prohibido dejar subir solas a las señoras... Y bueno. Me puse a rezar. De la emoción, claro; sí, señora.

—¡Ya me lo explico! ¡Es un paisaje tan bonito!

—¡Se ve todo el pueblo! Le digo que en verano...

—Claro que también en verano, en este pueblo, ¿eh? Ya sabe usted por dónde voy.

—Pues ¡no caigo!

—Sí, mujer; lo del hijo de doña Constanza y la chica del guardabarrera...

—¡Ah, ya! No me diga. Un engaño, un engaño. Un chico tan fino, tan bien educado, de tan buena familia. ¡Cómo le agarró esa tunanta! ¡Un chico de carrera!

—¡Perito mercantil!

—¡Fíjese! Y dice que se quiere casar con ella.

—¡Jesús!—se escandaliza doña María.

—Lo que yo digo: que se case con Alejandra, la del notario, que es un buen partido, y le da gusto a su madre además. A la otra, que le pase un retiro. Y nadie tendrá nada que decir.

Doña María se diluye en compasión dulcísima:

—¡Cuánto estará sufriendo esa pobre madre!

Doña Eduvigis susurra confidencias estremando las eses:

—En la última reunión del Roperero estaba destrozadita. Lo que se dice destrozadita. Figúrese que el hijo ha encargado ya una sillita plegable para lo que venga.

—¡Virgen Santísima! ¿Para la del guardabarrera? ¡Lo que nos queda por ver! Es que le habrá dado bebedizos...

—¡Digo!

—¡Bruja!

—¡Una madre tan santa!

El Jefe de Estación se acerca al profesor y al resinero:

—Yo, lo que creo es que la electrificación... En la electrificación está el quid. El día que este tren esté electrificado, ya verá, ya, qué cambio.

—No se olvide usted de los puntos. ¿Cuántos chicos tiene usted?

—Seis y lo que venga.

El señor Floriano mira al cielo, y le pide a Dios que siga nevando. Si sigue así, se interrumpirá el servicio, y él podrá a la tarde hacer una escapada a casa de don Ramiro, el fabricante de velas, a ponerle en orden la contabilidad, son quince durejos, y aún le sobrará una hora para hacer lo mismo con doña Lorenza, la dueña de la mercería El Clavel, en la esquinita de las Arrepentidas, otros diez duretes; hay que calzar a los chicos, y, si sigue helando, podrá pasar una buena velada en la cantina, calentito, jugando al dominó con el cantinero, y el factor, y el vigilante nocturno.

El señor Floriano, con exultante regocijo, bisbisea secretillos:

—A propósito, ¿saben ustedes lo que le ha pasado al cantinero con su mujer? ¡Un escándalo! Pues el caso es que...

Suenan timbres por el andén. El Jefe tiene que salir apresuradamente. El altavoz anuncia la inmediata llegada de un tren. Se cruzarán aquí los dos. El Jefe llega, ufano, a explicarlo a los viajeros:

—¡Menos mal!

—¡Ya era hora!

—¡Alabado sea Dios!

—¡Bueno, la Compañía debería indemnizarnos!

—¡De todos modos no llego a Procesal!

—¡Ahora resulta que el nuestro es el ascendente!

Entra una señora, la del recaudador de contribuciones, con sus dos niñitos. El pequeño llora a grito pelado, y de vez en cuando los dos hermanitos arman trifulcas por una pelota.

—¡Tengamos paz!

—¡Niños!

Pero los niños no dejan de alborotar y de corretear entre los grupos. Les colma de quieta sonrisa el patear sobre los diminutos charcos que dejan los paraguas, ¡zas!, risa y salpicando. Un pelotazo va a parar a la lumbre, y las pavesas y brasas saltan despedidas, manchando las medias de doña Eduvigis, que chilla aguda, casi dolorosamente:

—¿Cómo me presento así en casa de la Regidora Central del Roperero? Debería pagarme unas medias la mamá de estos niños. ¡Esto es intolerable!

Don Luis pasa su mano, encendido temblor, por la cabeza de los niños. El autor del zafarrancho se deja acariciar, sonriente, los dedos hundidos en las narices, y escarbando. La madre llega por detrás y le da un bofetón. El chico redobla los alaridos. Don Rodoaldo, las manos cruzadas sobre el vientre, se inclina, congelada sonrisa, hacia don Luis, y le dice sin mover los labios:

—¡Don Luis, por Dios, eche largo de aquí a ese crío!

—¿Señor Provisor?...

—¡Que aleje al llorón ese, que me revienta!

—¿Cómo dice?

—¡Dichoso niño! —y, levantándose, se dirige a comprobar que han dispuesto sus maletas, la inmóvil sonrisa atravesando los grupos, que se apartan solícitos.

Llega un tren. Silbidos, humo, carreras, chirriar de frenos, un acento de nieve en cada línea de la máquina. Purita, Loli y Cuqui se acercan a la ventana para ver salir a los viajeros.

—¡El Director del Banco! Dicen que tiene una novia negra.

—Claro. ¿No ves que ha estado una temporada en París?

—Doña Lupita, la maestra. ¡Anda, que no es antipática que digamos!

—El Jefe de Correos y su mujer —añade Cuqui—. ¡Fijaos qué barriga!

—¡Pues, hija! ¡No pierdes detalle!

—Es que, bueno, ¡con un hombre tan feo!...

—¡Y qué remedio!

—¡Anda, que qué remedio! Pues ir a la farmacia.

—¿A qué?

—Pues sí que estáis vosotras buenas. Pues en las farmacias, ahora, ya venden unas píldoras de hormonas, que se toman después de las comidas, y se tienen hijos.

—¡Dios mío! ¡No es posible!

Purita, sentada en el alféizar, sobre un periódico, tiene la boca abierta. La cartera le resbala mansamente por los muslos, amenazando caerse. La cartera, con el Manual de Sociología, y la Ley de Enjuici-

ciamiento Criminal, y una novelita de Pérez Escrich. Cuqui, muy dueña de la situación, afirma:

—Hay que tomarlas cuidadosamente durante una semana.

—¡En las farmacias! —se atraganta Loli.

—Bueno, no en todas las farmacias. Solamente en las buenas, y con receta de mucha confianza.

—¡Ah! ¡Ya decía yo!

La cartera de Purita llega ruidosamente al suelo. Juan Sánchez, que ha ido acercándose poco a poco, paseando —ha cambiado el libro por un cuaderno— mientras leía Derechos Reales, ha oído el diálogo. Algo sonreído, se dice:

—¡Ya está bien que hagan oposiciones, y las hagan carteros o taxistas, y cobradores de funeraria, y todo lo que hacían los hombres, aunque sean bomberos; pero que nos desbanquen también en eso... ¡No hay derecho! No, señor, ¡no hay derecho!

Trajin del esperado tren, que llega jadeante. Doña María sale acompañando a doña Eduvigis:

—Lleva usted razón, doña Eduvigis. Deberían comprarle unas medias... Pero, con este frío, de lana, de lana deberían ser... ¿No encuentra usted que hace mucho más frío ahora? ¡Estoy completamente helada!

Trepidar de timbres, de carros que llevan maletas. El vendedor de periódicos grita su mercancía. Los niños siguen lloriqueando, queriendo coger chokolatinas y postales del puesto del andén. Su madre les da otra bofetada. Don Luis se acerca arrastrando los pies, tocándose de vez en cuando la roseola de la cara, o limpiándose la nariz, apretando bajo el brazo el maletín, que no se cierra. Una pareja de perros juguetea hacia el extremo de los urinarios. Loli los ve y se vuelve, súbita luz en los ojos, a sus acompañantes:

—¡Purita, fíjate esos perros!, ¡qué preciosos!

—¡Sí!...

Un estremecimiento recorre a Loli de pies a cabeza. Cobardemente:

—Oye, Purita...

—¿Qué?

—Tú sabes... ¿No hay muchísimos medicamentos que se hacen de animales? Vamos, quiero decir, ya me entiendes...

—¡Toma! La pancreatina de papá, y para el hígado...

—¡Oye! ¿Y si, vamos, eso, lo de Cuqui?...

—¡Qué horror! ¡Loli, por lo que más quieras!

Todos van subiendo al tren. El Jefe del Gremio de Resineros y el profesor de Geografía acaban de pasar por la cantina para matar el

gusanillo antes de arrancar. Los niños se han revolcado y llevan la cara imposible de hollín, de barro, de agolpada suciedad indefinible. El estudiante becario, que trabaja —habráse visto— en un restorán, se acomoda en su departamento de tercera, indignado contra las señoritas que, con mohines graciosos, suben a otro vagón. Don Filemón enciende un enorme veguero. Doña María llama al señor Floriano desde su ventanilla:

—¡Este vagón no lleva calefacción! ¡Pero qué frío! ¿Es que quieren que nos helemos hoy?

Don Rodoaldo se despide amabilísimo, cariñoso, protector, de don Luis. Don Luis busca sitio junto a Juan Sánchez, el estudiante, que deja de leer y le sonríe al verle abrir la portezuela. Don Rodoaldo detiene un instante a don Luis, ya en el estribo, para preguntarle, antes de ir a su vagón de primera:

—Usted, don Luis, por casualidad, ¿no sabe lo que ha pasado con la mujer del cantinero?

Silencio en los andenes. Chorros de vapor. Soledad. Olor de pena y desamparo. Carteles de trenes, silbidos, el pregón de los periódicos a lo largo del tren. También el hombre del café y las golosinas mueve su carrito... En el sosiego helado del andén, la carretilla, con las maletas de don Rodoaldo, avanza triunfal, solemne, poderosa, camino del furgón. Unos instantes después, el señor Floriano da la salida. En el coche de cola, un vagón de mercancías que hace de furgón, el va-abundo va subido sobre el tope, un perro entre los brazos. A los pocos metros, la luz del disco dibujó su rojo en la ventisca...

A. Zamora Vicente.
Amado Nervo, 3.
MADRID